



Pedro Colanzi, su hijo Rocco y el entrañable amigo Giuseppe Sallese en la ciudad de Cochabamba, allá por los años 50. Archivo: Renzo Colanzi S, 2006.

COLANZI: EL LABRADOR DE LA ESPERANZA

Pedro Colanzi caminaba descorazonado por las calles de Vasto, su pueblo natal. La hambruna colectiva junto a la desesperante situación de pobreza en la que se hallaban sumergidos miles de agricultores italianos lo tenía hastiado y con los ánimos por el suelo. Esta vez, el golpe macabro que la Segunda Guerra Mundial había asestado a la península entera fue devastador. Los hombres, casi siempre jóvenes enérgicos y con ansias de producir la tierra que sus antepasados les habían heredado, se veían obligados a dejar sus hogares para luego hacer una fila interminable en las agencias de trabajo de las principales ciudades italianas. Era un hecho seguro que muy pocos lograrían emplearse en algún oficio de subsistencia, la gran mayoría estaba obligada a encaramarse sobre un vapor para después partir hacia América. Pedro no quería tomar una decisión precipitada. Él era conciente de la caótica situación que vivía su patria, por ello, debía ser sensato a la hora de elegir una salida a la crisis feroz e impía que empezaba a gobernar las almas de los más necesitados y que pronto se apoderaría de la suya. Sin embargo, fue bajo esas circunstancias extrañas e inexplicables que trae el destino, donde pudo hallar un atisbo de luz, suficiente para creer nuevamente en la vida y albergar alguna esperanza. Un día, mientras andaba bajo el sol abrasador del verano romano, tuvo la fortuna de encontrar a un funcionario diplomático de alto rango. El hombre era sudamericano y en Roma cumplía las funciones, nada más y nada menos, de embajador. Pedro congenió desde un principio con la autoridad extranjera y logró granjearse su amistad. El italiano conquistó la confianza del diplomático boliviano y éste, aprovechando las influencias que el cargo le otorgaba, obtuvo el permiso para firmar un contrato dando paso a la creación de una Cooperativa Agrícola en la ciudad de Santa Cruz de la Sierra. Colanzi no creía lo que sus ojos miraban, presa de un júbilo súbito se marchó hasta Vasto y allí empezó una verdadera campaña de reclutamiento. El agricultor recorrió de un extremo a otro la región del Abruzzo para finalmente convocar a los hombres más aptos y dignos de llevar adelante aquel proyecto de trabajo en tierras sudamericanas. Es así, que junto a Pedro zarparon los señores Colamarino, Ciancaglini y Sallese para, una vez instalados en tierra boliviana, crear la Cooperativa Agrícola San Miguel¹.

¹ Valentino Freddi Tanghetti, op.cit., p.142.

Los italianos encontraron una ciudad pequeña y de apariencia modesta. El calor, la humedad y la vegetación exuberante de los llanos adyacentes contrastaban notoriamente con la información que tenían de Bolivia. Las calles, salvo las que estaban próximas a la plaza principal, tenían el piso cubierto por una arena rojiza que, a no ser por las indómitas ráfagas de viento, delataba constantemente la huella pesada de los carretones jalados por unos bueyes de cornamenta monda. Es muy probable que por la mente de los europeos haya cruzado la idea de toparse frente a frente con la fría mole de un nevado andino. Pero en Santa Cruz, el paisaje era distinto y la vastedad de las tierras verdes invitaba a soñar con un futuro prometedor.

Luego de cumplir un año de estadía, trabajando sin las herramientas adecuadas bajo un calor insoportable y soportando la presencia indeseable de los mosquitos, el entusiasmo y la entereza del grupo fue decayendo y pronto el desgano cundió en el ánimo de los agricultores. El gobierno de Bolivia había cumplido a medias sus palabras, puesto que las tres mil hectáreas de tierra fueron entregadas en las proximidades del Ingenio Azucarero Guabirá pero sin la maquinaria ofrecida. Algunos de los hombres se marcharon desalentados a Italia mientras Pedro aunó fuerzas para buscar un nuevo emprendimiento en aquellos parajes del oriente boliviano.

Pedro anduvo sin detenerse buscando oficio por toda Santa Cruz. Algo en su interior le decía que aquella tierra lejana, de porvenir expectante, iba a convertirse en el hogar de su futura descendencia. Pedro creyó sin desfallecer y pronto obtuvo empleo. Trabajó como administrador de la Propiedad Agrícola San Lorenzo, en Montero Hoyos, y luego administró la empresa de cerámica del piamontés Mario Bonino. Por un tiempo determinado fue proveedor de materiales de construcción para la empresa Techint en la construcción del puente de Pailas².

Pedro Colanzi murió en la ciudad de Cochabamba en 1970 después de haber trabajado honrosamente en distintas actividades. Sin embargo, su legado no pereció con él. Sus hijos: Rocco, Rony Pedro, Alejandro, Carlos, Pedro y Consiglia heredaron el vigor y la aptitud de su padre a la hora de engendrar ideas y proyectos de vida.

²89 Ibid.,p.143.